

Acebrón Ruiz, Julián (ed.), *Fechos antiguos que los cavalleros en armas passaron. Estudios sobre la ficción caballeresca*, Lleida, Edicions de la Universitat de Lleida, 2001, 286 pp.

Este volumen reúne un conjunto de doce estudios realizados por otros tantos investigadores sobre la literatura caballeresca española, que van desde el multifacético *Libro del caballero Zifar*, considerado el primer libro de caballerías de corte nacional, pasando por el Tristán hispánico, el *Rosián de Castilla* o el *Quijote*, hasta llegar a una obra de teatro de Santiago Pita del siglo XVIII inspirada en un episodio del *Primaleón*.

De los primeros libros de caballerías, es decir, del *Zifar* y del *Amadis de Gaula*, Cuesta Torre se centra en examinar un motivo literario de los más frecuentes en este género como es el de las insolas, cuyo rasgo particular se basa principalmente en su aislamiento y en su carácter de mundo cerrado e ignoto. El tema de la isla, que tiene sus orígenes en la literatura artúrica, se relaciona en un principio con el Otro Mundo y, como tal, deja su huella en estas obras caballerescas, aunque esa correspondencia con el Más Allá poco a poco se difumina, desaparece o bien “se cristianiza mediante la transformación de los señores de los dominios isleños” (p. 13). Mientras que en el *Libro del Caballero Zifar* las islas de los episodios del *Lago Sulfáreo* y de las *Islas Dotadas* se sitúan respectivamente en el Otro Mundo literario de origen artúrico y en el Más Allá cristiano, lugares en que las hadas son las señoras de las islas; en el *Amadis de Gaula* las islas –la *Ínsola Firme*, Peña Pobre, del Diablo, etc.– corresponden al mundo real y son sus dueños, Urganda y los gigantes, quienes poseen el carácter mágico. En los libros de caballerías publicados tras el éxito de la obra de Montalvo las islas se ubican en el mundo real y ya apenas guardan relación con el Más Allá cristiano. Además, ahora los gigantes se van a identificar con los infieles y no con los paganos o idólatras, “reflejando así en la ficción la lucha histórica de cristianos y musulmanes por el dominio del Mediterráneo” (p. 33).

Por otro lado, Lucía Megías defiende que, partiendo de una serie de datos proporcionados por el análisis minucioso del código

parisino que contiene la *Crónica de Adramón* (sign. Esp. 191), se puede determinar que este texto posee “una naturaleza de copia autógrafa”, o en todo caso sería, según la forma de escribir de la época, una copia corregida por el mismo autor. Entre estos elementos destacan o bien errores por adición en donde aparecen palabras que se repiten tachadas o corregidas en el margen o bien errores por sustitución, los cuales cuando se identifican son tachados, escribiéndose a continuación la palabra adecuada. Además de interpolaciones que matizan o extienden el texto, podemos encontrar sustituciones de palabras debidas a cuestiones puramente estilísticas. De este modo, todas estas correcciones demuestran que el códice de la Biblioteca Nacional de Francia no sólo debe ser considerado una copia autógrafa, sino que también se ha de analizar como la versión definitiva de la obra, “compuesta entonces a principios del siglo XVI, tal y como datos tanto internos como externos parecen apuntar” (p. 59), entre ellos, la aparición de caballeros cortesanos, de itinerarios italianos o la descripción pormenorizada de los hábitos de vida, calzado y trajes.

Sobre el estudio del *Tristán de Leonís* hispánico de 1534 se ocupan los investigadores mexicanos Rubio Pacho y Campos García. Ante la comparación detallada de las diferentes versiones del *Tristán*, que denotan la existencia de al menos dos ramas distintas entre los textos castellanos, el primero se dispone a revelar “el hecho de que las variaciones de estos textos no son debidas a meras traducciones pasivas sino que los cambios reflejarían los intereses de determinada clase y en un determinado momento” (p. 73). Para ello, Rubio Pacho lleva a cabo el análisis de dos episodios de procedencia diversa: el filtro amoroso, que aparece en poemas del siglo XII, y el rescate de Arturo, originario de las versiones prosificadas. En cuanto al filtro de amor, las adaptaciones hispánicas castellanas y aragonesas —que son las únicas que conservan esta aventura— mantienen el episodio pero con un significado menos complejo en relación a las versiones francesas, ya que la destrucción de los protagonistas se debe exclusivamente a su “loco amor”. Por otra parte, la *amplificatio* de la liberación de Arturo, ausente en las primitivas versiones en verso de la leyenda, “es el resultado, pues, del interés creciente por los hechos caballerescos del héroe, en detrimento del tema amoroso” (p. 69).

Un comentario aparte merece el bello artículo de Campos García, que también estudia el *Tristán* castellano de 1534, aunque centrándose en un episodio particular: el de la *Ínsula del Ploto*, que “ofrece un ejemplo de la creación de un reino ideal cuya descripción lo coloca cerca de la idea de un mundo de características casi utópicas” (p. 76). Tristán e Iseo, tras la ingestión del fatal filtro,

llegan a esta isla donde realizan un “proyecto cultural” que refleja los valores e intereses de la España de la primera mitad del siglo XVI, de tal manera que llegan a construir un “legado” para la futura descendencia: la creación de un gobierno ideal con mejor legislación, la fe católica como única doctrina religiosa, la protección urbanística de la ciudad, etc. Sin embargo, este mundo que los protagonistas reconstruyen en la Ínsula del Ploto tiene su posible modelo en el plano de la realidad, ya que la profesora Cuesta Torre identificó a Tristán el Joven, hijo de Tristán e Iseo, con el emperador Carlos V, denotando así un claro afán propagandístico en la obra. Ante estos datos, también es posible encontrar paralelismos entre la Ínsula del Ploto y la corte de Flandes, cunas respectivas de Tristán el Joven y del emperador. No obstante, en la tesis que lleva a identificar a Tristán e Iseo con los Reyes Católicos, saltándose a los verdaderos padres de Carlos V, Juana la Loca y Felipe el Hermoso, no resulta del todo convincente. A pesar de todo, lo que parece claro es que los “Reyes Católicos construyeron para Carlos V un legado ejemplar e ideal que aún en la primera mitad del siglo XVI se evocaba con nostalgia”.

Dos artículos de Sales Dasí y Romero Tabares se ocupan de una pequeña obra caballerescas del extremeño Joaquín Romero de Cepeda titulada *Rosíán de Castilla*, publicada en Lisboa en 1586 y de la que sólo se conserva un ejemplar. El primero analiza las dificultades existentes a la hora de inscribir esta obra dentro del género de los libros de caballerías, ya que hay unos rasgos que lo aproximan a este tipo de literatura, como puede ser la organización externa en tres partes y cada una de ellas en libros o la toponimia imaginaria característica de este género, y otros que lo distancian, como la misma brevedad del texto. De esta forma, la lucha del héroe contra el monstruo, la descripción del árbol genealógico del protagonista o el deseo de adquirir fama son tópicos propios de la ficción caballerescas del siglo XVI de los que, según Sales Dasí, el *Rosíán* hace uso aunque introduciéndolos en un marco que se aparta de los modelos originales de tales ficciones. No obstante “sigue vivo el deseo del caballero por conocer el mundo y alcanzar la fama” (p. 190).

Por otra parte, Romero Tabares se adentra en el tratamiento dado a los personajes femeninos en la misma obra de Romero de Cepeda, personajes que siempre se han considerado labrados sobre un único modelo: “el de la dama enamorada que oculta su pasión y aguarda a su amado siguiendo, más o menos, las pautas señaladas por el tratamiento del amor en los libros de caballerías” (p. 196). Albina, y en menor medida Calinoria, figuras femeninas del *Rosíán*, representan el ideal de dama de finales del siglo XVI: virtuosa,

supeditada a la voluntad del marido, así como prudente y honrada. No obstante, toda esta visión tan “restringida” de lo femenino, que aparece exclusivamente al comienzo de este libro de caballerías, tiene su origen en obras como el *Examen de ingenios para las ciencias* del Doctor Huarte de San Juan, en donde se niega la capacidad intelectual de las mujeres, o el *Diálogo in laude de las mujeres*, de Juan de Espinosa.

Una obra curiosa es *El príncipe jardinero y fingido Cloridano*, del cubano Santiago de Pita, aparecida en las prensas sevillanas entre 1730-1733 y que “pertenece al apogeo y decadencia del Barroco en la isla de Cuba y se considera la primera pieza dramática cubana de título y autor conocido y cuyo texto se conserva” (p. 267). Marín Pina se interesa por la relación que esta obra de Pita guarda con la narrativa caballerescas, esencialmente con el *Primaleón* o segundo libro del ciclo español de los palmerines, que apareció en Salamanca en 1512. Dentro de este libro de caballerías destacan las historias amorosas de los dos protagonistas principales, Primaleón y don Duardos, enamorados de Gridonia y Flérida respectivamente. El primero consigue el amor de Gridonia mediante el encubrimiento, mientras que el segundo recurre al engaño del disfraz de hortelano para obtener finalmente el de Flérida. Estas historias, de carácter tan dramático, servirán de temática para numerosos dramaturgos del Siglo de Oro, como por ejemplo la excelente *Tragicomedia de don Duardos* de Gil Vicente, la *Comedia Aquilana* de Torres Naharro o la misma obra de Santiago de Pita, entre otros. En esta última, Aurora representa a los personajes de Gridonia y Flérida, al mismo tiempo que Primaleón y don Duardos se funden en la figura de Fadrique, quien a su vez se ocultará bajo el nombre de Cloridano para lograr el amor de su amada Aurora, siendo en esencia el texto caballeresco la base del argumento sobre el que se construye la comedia.

Entre la docena de trabajos publicados en este volumen podemos hallar dos relativos a motivos literarios de uso muy corriente en cualquier obra de caballerías del siglo XVI: la aventura nocturna y la penitencia de amor. En cuanto al primero, el profesor Acebrón Ruiz es el encargado de revelar la importancia de la noche como momento idóneo para llevar a cabo cualquier tipo de aventura caballerescas. Así se puede observar en el hecho de que estratagemas tan importantes como la conquista de Troya sólo funcionaron merced a la oscuridad de la noche, y es gracias a esta penumbra unida al sueño que el guerrero se encuentra más indefenso ante posibles ataques, tal es el caso de personajes históricos como Alcibiades u Holofernes, o personajes ficticios como Amadís o Palmerín de Olivia. De esta forma, y ante tantos peligros, la vigilancia nocturna

cobra una importancia vital en asuntos de armas, ignorándose incluso la fatiga personal y la propia necesidad fisiológica de dormir. Esta vigilia o prueba caballeresca, que se produce esencialmente cuando el caballero se dispone a ingresar en la orden de caballería, es una “representación simbólica de la disposición atenta que deberá mantener siempre el futuro caballero, y no menos prefiguración de aventuras nocturnas que sólo podrá superar sustrayéndose al sueño” (p. 120).

Aguilar Perdomo es quien analiza el motivo de la penitencia de amor, tan fructífero en los libros de caballerías castellanos. Personajes como Lisuarte, Felixmarte, Florambel, sufren el desamor de sus respectivas amadas, Onoloria, Claribea y Gracelinda, y éste les conduce a la más absoluta desesperación, la cual ocasiona o bien una melancolía entre profunda y erótica o bien la locura furiosa. De modo que todas estas figuras masculinas se retiran de la vida civilizada para internarse en la soledad de los bosques y realizar allí su penitencia de amor, despojándose de las armas y cambiando al mismo tiempo de nombre, lo que supone una modificación de la vida.

En cuanto a la obra del autor barcelonés Esteban Corbera, titulada *Febo el Troyano* y cuya primera edición es de 1576, Claudia Demattè se limita expresamente al análisis de las numerosas partes preliminares, esto es, a la portada del texto, a la carta dedicatoria, a un soneto y al prólogo propiamente dicho. Los tópicos utilizados en las mismas pretenden atraer al lector y al mismo tiempo liberar al autor de las responsabilidades de la narración. En cuanto al primer argumento encontramos, por ejemplo, que la portada copia la reproducida en el *Primaleón* de 1563 y que el título del libro procura confundirse con el del Caballero del Febo, protagonista de *Espejo de príncipes y cavalleros*, todo ello con la finalidad de llamar la atención del lector. En referencia a la desvinculación de las responsabilidades autoriales, Corbera hace que no sólo un tal Claridorio –usando el tópico de la falsa traducción– sea “el (fingido) autor de la obra y testigo de los acontecimientos y por ello historiador de los mismos” (p. 224), sino que “el viejo sabio ha elegido personalmente a Esteban Corbera como traductor, juzgándole digno de esa aventura” (p. 225), lo que supone un total distanciamiento de la labor como autor literario.

Por otro lado, Rafael Mérida se propone “fijar una nueva imagen de la guadianesca trayectoria de la novela de Joanot Martorell, en concreto de aquélla que sería deudora directa de la difusión e interpretación del *Quijote* durante los siglos XVII y XVIII” (p. 231). Tras elaborar un recorrido de la edición de 1490 del *Tirant lo Blanch* catalán, en que se pone de manifiesto su olvido casi abso-

luto en siglos posteriores, desarrolla el camino que llevó a la traducción castellana del *Tirante el Blanco* de 1511 a quedar enterrada “entre la caterva de libros de caballerías condenada” por los ilustrados de los siglos XVII y XVIII, cuyos juicios proceden de las críticas vertidas por Cervantes en la obra del ingenioso hidalgo, quien había desempolvado un libro con casi un siglo de vida. La actual acogida crítica del *Tirant* en tierras castellanas está ligada a tres campos de investigación: el referido a la interpretación del oscuro pasaje cervantino del capítulo VI de la primera parte del *Quijote*, el ligado a Dámaso Alonso y el concepto del realismo, y, en último lugar, el que toma la obra de Martorell como una “obra mayor” y anhela relacionarla con las distintas tradiciones literarias contemporáneas en castellano.

Dentro de este conjunto de artículos tenemos la posibilidad de leer uno de los últimos trabajos publicados por el fallecido recientemente y maestro de romanistas, Álvaro Galmés de Fuentes, quien hace un magistral análisis entre las múltiples y recíprocas relaciones mantenidas entre las culturas islámica y cristiana, que, a su vez, tuvieron su reflejo en la literatura de los Siglos de Oro. La literatura aljamiada, es decir, “la escrita por los moriscos en lengua española, pero en caracteres árabes” (p. 252), interesó, entre otros autores, a Cervantes, que muy bien pudo conocer una verdadera novela de caballerías morisca titulada el *Libro de batallas*, ya que contiene todos los elementos característicos de este género, como son la realización de encantamientos por parte de Mahoma, la presencia de objetos mágicos o la lucha del héroe contra gigantes. Aparte del *Quijote*, el autor alcaláino también recibe reminiscencias orientales en *El licenciado Vidriera*, *El coloquio de los perros* o incluso en el episodio de la *Cueva de Montesinos*, que quizás tomó del *Recontamiento de Tamim Addār*. Asimismo, Tirso de Molina y Calderón de la Barca tomaron como base de algunas de sus más destacadas obras la literatura aljamiado-morisca; *El Condenado por desconfiado*, del primero, está realizado sobre un cuento árabe, y *La vida es sueño*, del último, tiene su origen en una leyenda del *Šahnāme* del persa Firdawsi. Todas estas huellas ponen de manifiesto el hecho de que los moriscos conocieron la literatura cristiana —véase, por ejemplo, la *Historia de los amores de Paris y Viana*— y ésta se sintió influida por la de aquellos.

Para terminar hay que resaltar la relevancia de la mayoría de estos trabajos, algunos de los cuales suponen o bien una primera aproximación a alguno de los libros de caballerías aquí analizados, o bien un primer análisis más o menos amplio sobre los mismos. De esta manera, este libro se propone llamar la atención con el fin de continuar una línea que pretende desentrañar tanto las estructu-

ras como los engranajes de un género que supuso el mayor éxito editorial del siglo XVI.

Aurelio Vargas Díaz-Toledo
Universidad Complutense de Madrid
Becario Fundación Caja Madrid

Wolfram Aichinger, Marlen Bidwell-Steiner, Judith Bösch, Eva Cescutti (eds.), *The Querelle des Femmes in the Romania. Studies in honour of Friederike Hassauer*, Wien, Verlag Turia und Kant, 2003.

La publicación reúne trece comunicaciones presentadas en un simposio que tuvo lugar en junio del 2001, en la Universidad de Viena y en el Instituto Cervantes de la misma ciudad. Se enmarca en el proyecto de investigación que dirige Friederike Haussaer: "The Querelle des Femmes in the Iberomania: Systematism and Historicity. The History of Theory and Discourse of an Order Model for Gender Relations".

El volumen se presenta como regalo de aniversario a la directora por parte de sus colaboradores en el citado proyecto, que tiene como directrices fundamentales: la interpretación del pasado, la comprensión del presente y las perspectivas de futuro en el estudio histórico de las relaciones de los géneros. Estas directrices justifican la división del libro en cuatro apartados: Retrospectivas y perspectivas, Lugares y espacios, Normas y prácticas, Subversiones y desviaciones.

En el primer apartado, Margarete Zimmermann (pp. 27-41) comenta las dos posturas desde las que suele estudiarse la Querella de las Mujeres: como debate retórico o como intercambio de opiniones surgidas en un contexto social e histórico determinante. Considera que la mejor opción para interpretar correctamente la historia de la Querella y su posible periodización es la ecléctica, es decir, debemos acercarnos a los textos considerando la sociedad y la tradición literaria e intelectual en que se insertan, evitando prejuicios y valorizaciones anacrónicas. Este es el camino que siguen las diversas aportaciones que el libro agrupa.